

LO PUBLICO Y LO PRIVADO EN RELACION A LAS NUEVAS TECNOLOGIAS

María Florencia Ferramondo
Alumna
Trabajo presentado a Seminario I

Las nuevas tecnologías nacen en el seno de una determinada sociedad que habilita su aparición en un momento específico y a la cual estas tecnologías vienen a modificar en mayor o menor medida; más precisamente, los avances tecnológicos por sí solos no son responsables del cambio sino más bien posibilitan escenarios válidos para que estos cambios se produzcan.

Desde esta perspectiva, se pueden analizar las transformaciones que se producen en las esferas pública y privada a partir de las nuevas tecnologías, o más precisamente a partir de algunas de ellas que se consideran relevantes para este análisis, tomando en cuenta que las transformaciones y redefiniciones de ambas tienen estrecha relación con un marco cultural y político particular de la época en que vivimos.

Dentro de este marco los escenarios tecnológicos modelan las relaciones entre los integrantes de los diferentes grupos sociales, atravesando y redefiniendo a tales grupos.

A partir de las diferentes conceptualizaciones de lo público y de lo privado se intentará dar luz a las nuevas tecnologías, sus usos y efectos, para tratar de dilucidar si estas con-

cepciones tienen vigencia o si es necesario reconceptualizar estos espacios.

¿Qué tecnologías?

En el momento de analizar las nuevas tecnologías se hace necesario, diríamos imprescindible, establecer un recorte que posibilite el análisis dada la variedad de innovaciones tecnológicas que pueden agruparse bajo dicho rótulo. Por ello y a partir de los objetivos específicos del presente análisis, proponemos tomar, a modo de ejemplo, aquellas tecnologías cuyas aplicaciones tengan incidencia en las esferas pública y privada. Concretamente, se propone considerar, entre otras, al teléfono celular, el walkman, los ordenadores, los satélites, las cámaras de vídeo, haciendo un particular hincapié en Internet, por considerarla como espacio privilegiado para el emplazamiento de nuevos vínculos y relaciones, por las posibilidades que habilita y las ambigüedades que conlleva.

Podrá objetarse, con justa razón, que este recorte es sumamente arbitrario, a lo cual se responde a modo de disculpa y de justificación, que sólo persigue los fines de seleccionar al-

gunos ejemplos concretos, caso contrario el análisis propuesto sería prácticamente imposible. Este heterogéneo grupo de artefactos sólo sirve a los efectos de pensar un marco multidimensional en el cual se ubican y qué papel juegan dentro del mismo, atendiendo especialmente a las relaciones sociales que cada fenómeno trae aparejadas. Dicho marco debe incorporar historicidad, saberes, relaciones sociales y un imaginario colectivo acerca de la tecnología. Es decir, debe vincular lo material y lo simbólico.

La tecnología no es un grupo homogéneo ni se instala de manera equitativa e igualitaria en todas las esferas de la sociedad. Su implementación se da de manera acorde a las condiciones previas del entramado social que posibilitan o no su inserción. Dadas las características preexistentes, cohabitan durante mucho tiempo dentro de un mismo grupo societario tecnologías de última generación con otras muchas más antiguas.

Definiciones para el punto de partida

Como ya se dijo, para reflexionar acerca del complejo tecnológico se privilegiarán dos ámbitos fundamentales, pues han sido ejes centrales alrededor de los cuales se han organizado las diferentes sociedades occidentales a lo largo de los últimos tres siglos: la esfera pública y privada. Las maneras diferenciadas de concebir cada una permitirán alumbrar los di-

ferentes procesos de cambio que las nuevas tecnologías habilitan.

Según Dan Adasko, a partir de las revoluciones burguesas que se dieron entre los siglos XVIII y XIX, la acción del hombre queda contenida y escindida en estas dos esferas. La esfera privada puede caracterizarse como “el espacio individual donde cada sujeto se desarrolla en su propio destino y mediante sus propias capacidades y condiciones”, al tiempo que la esfera pública puede decirse que es “el ámbito donde los hombres dejan su individualidad y construyen algo en común”¹.

La esfera de lo público se distingue así por ser un espacio que trasciende el interés y la acción particular de cada individuo. Cada sujeto se ubica en un entramado de relaciones sociales que le permiten llevar a cabo proyectos y acciones que lo unen con otros hombres. El elemento central de la vida pública moderna es la generalidad.

Para Hannah Arendt, la palabra público significa dos fenómenos estrechamente ligados, aunque no iguales, (el segundo de éstos coincide con el establecido por Adasko). En la concepción arendtiana lo público aparece, en primer lugar, ligado a publicidad: lo que aparece en público puede verlo y oírlo todo el mundo. La apariencia constituye la realidad: soy en la medida en que aparezco ante los demás. Desde allí que lo privado se relacione, por oposición, con intimidad, con lo que no debe ni puede ser mostrado en público. “Hay muchas cosas que no pueden soportar la implacable, brillante luz de la constante presencia de

otros en la escena pública; allí, únicamente se tolera lo que es considerado apropiado, digno de verse u oírse, de manera que lo inapropiado se convierte automáticamente en asunto privado”².

Siguiendo con esta concepción que Arendt entiende a lo público como “el propio mundo, en cuanto es común a todos nosotros, y diferenciado de nuestro lugar poseído privadamente en él [...] Vivir juntos en el mundo significa en esencia que un mundo de cosas está entre quienes lo tienen en común, al igual que la mesa está colocada entre los que se sientan alrededor; el mundo, como todo lo que está en el medio, une y separa a los hombres al mismo tiempo”³.

Personas en diferentes posiciones y perspectivas se internan por un objetivo en común. Están unidas, pero no aglutinadas, hay una distancia entre ellas, que hace posible y sobrellevable esta unión. Para Arendt este mundo en común se caracteriza por su trascendencia. Está cuando nacemos y permanecerá allí después de nuestra muerte.

La esfera pública es el ámbito de la igualdad; no porque los hombres que allí participan sean idénticos entre sí, sino porque a la hora de ocuparse del interés colectivo el hombre deja de lado las desigualdades propias de la esfera privada.

Para esta autora, acción y discurso son dos actividades propias de la actividad política que confirma al hombre que hombre y que sólo pueden realizarse ante los demás. Necesitan indefectiblemente de la presencia de los otros, ya que es imposible realizarlas en aislamiento.

Así queda establecido el estrecho lazo entre lo político y lo público. La actividad política sólo es posible con otros. La participación política requiere que el hombre se identifique como ciudadano y que deje de lado su carácter de civil (si entendemos a la sociedad civil como “el ámbito o dimensión de la sociedad donde se dan todas las relaciones que no tengan por objeto la política –generalidad–, sino que se centren en el individuo”⁴).

En cuanto a la esfera privada, Hannah Arendt afirma que en el pensamiento antiguo lo privado estaba asociado a la carencia de algo. Estar privado de posiciones materiales, desprovisto de ellas, impedía participar en la vida política, como era el caso de los esclavos, por ejemplo. “Hemos dejado de pensar primordialmente en privación cuando usamos la palabra “privado”, y esto se debe parcialmente al enorme enriquecimiento de la esfera privada a través del individualismo moderno”⁵. Lo privado moderno aparece más ligado a la intimidad, donde el único interés común que subsiste es la defensa de la propiedad privada a fin de resguardar esta intimidad.

Sobreviene aquí otra manera de concebir estas esferas a partir de considerarlas como una propiedad o un espacio físico. Así se entiende por “propiedad privada” aquello que pertenece a un determinado individuo. Por el contrario, decimos que algo es público (un teléfono, una plaza, una calle, etc.) cuando no pertenece a nadie, o mejor dicho pertenece a todos, no como individuos sino como ciudadanos. Estos

espacios públicos suponen una apropiación colectiva, apropiación que implica una elaboración común del sentido. Una interacción entre los diferentes usuarios que siguen reglas implícitas que posibilitan su uso colectivo.

Los espacios privados se transforman en lugares seguros donde cada uno, si lo desea o necesita, puede ocultarse de los demás. Esto es lo que Hannah Arendt señala como la segunda característica no privativa de lo privado: “las cuatro paredes de la propiedad de uno ofrecen el único lugar seguro y oculto del mundo común público, no solo de lo que ocurra en él sino también de su publicidad, de ser visto u oído. Una vida que transcurre en público, en presencia de otros, se hace superficial [...] El único modo eficaz de garantizar la oscuridad de lo que requiere permanecer oculto a la luz de la publicidad es la propiedad privada, lugar privadamente poseído para ocultarse”⁶.

Así, en la esfera pública predomina lo que es colectivo, tanto en la material como en lo simbólico, mientras que en la esfera privada lo remarcable es la individualidad. El individuo se retrae a su espacio privado, negándose a participar en los asuntos públicos. Esto es lo que para Arendt constituye el aislamiento.

Experiencia privada en ámbitos públicos: el walkman y el celular.

Los tiempos modernos exigen al hombre trasladarse rápidamente, acortar tiempo y distancia. Desplazarse con celeridad. Las autopistas, los

transportes, los medios de comunicación facilitan la circulación y la información en las nuevas ciudades, pero no habilitan en absoluto instancias de encuentro y comunicación. Todo lo contrario. Los espacios de encuentros dejan de ser tales ya que nadie “pierde tiempo” para aprovecharlos, para hacer un uso, un consumo en el sentido amplio de estos términos. Decrecen así las posibilidades de interacción entre los ciudadanos.

Eduardo Rinesi realiza en su libro “Buenos Aires salvaje” una fuerte crítica a este proceso de cambio que se da en la ciudad: “...de la ciudad, de las plazas y los parques como valor de uso a la ciudad como valor de cambio; de la ciudad como un sitio donde vivir a la ciudad como una pista que recorrer; de la ciudad como lugar de encuentro a la ciudad como lugar de paso”⁷.

El hombre moderno tiende a retraerse hacia el ámbito privado. En su hogar encuentra la seguridad y comodidad que no puede hallar en zonas públicas. Es más, no sólo se recluye en su ámbito doméstico, sino que cuando se halla de paso en los espacios públicos, tiende a alejarse de éstos (aún estando allí) para participar en experiencias privadas que lo apartan de la relación con las otras personas que se encuentran allí mismo. Explícitamente se niega el diálogo con los demás. Camina la ciudad, pero con los auriculares de su walkman puestos o manteniendo conversaciones personales por su teléfono celular: claras manifestaciones de su rechazo a la sociabilidad.

En cuanto al walkman, dice Iain

Chambers que “este rechazo al intercambio público y la aparente regresión a la soledad implican también una inesperada serie de prolongaciones”⁸. El walkman posibilita el descubrimiento de otras ciudades dentro de la ciudad. Cada uno experimenta en esta “caminata auditiva” una producción de sentido propio. Se aleja de los ruidos de la ciudad (los que todos perciben) para escuchar sonidos que él personalmente selecciona y así, recontextualiza el paisaje urbano. El walkman crea “no sólo un espacio sino un lugar, un sitio para habitar. El ingreso de este hábitat privatizado en los espacios públicos constituye un acto perturbador”⁹.

La producción de sentido facilitada por este artefacto no es compartida en absoluto. Además la persona que calza sobre sus oídos un auricular aparece ante los demás manifestando explícitamente su negación al diálogo con los demás. Algo semejante ocurre con quien va caminando por la calle hablando por su celular.

Para Rinesi el celular no cumple la función de transmitir mensajes, sino la de confirmar nuestra propia existencia; existimos sólo porque de vez en cuando alguien llama y nos asegura que somos alguien.

La ciudad vigilada

Paulatinamente, la ciudad se va semejando a un enorme Panóptico: los ciudadanos no se ven ni se comunican entre sí –cada uno está muy ocupado atendiendo a sus asuntos privados– sin embargo, todos ellos están siendo vis-

tos. “Es visto pero él no ve; objeto de una información”¹⁰. Lo más abrumador es que cada uno sabe y siente que está siendo visto. Lo que más incómoda es que no se sabe quién nos está viendo.

La vigilancia está en todas partes de la ciudad: cámaras, alarmas, sensores (o vigilantes de carne y hueso) registran nuestro andar urbano. En la mayoría de los casos estas instalaciones sirven para el control y la prevención de la delincuencia.

Nuestro país tampoco está exento del hipercontrol y a través del número único de identificación personal –el NIP–, el Excalibur y demás sistemas se recolectan numerosos datos de nuestra identidad que luego, vía Internet, son recogidos y archivados; se difunden y cruzan con pasmosa velocidad. Y para los que creían que estar en el ámbito privado del hogar les permitía aislarse de los demás, sin ser vistos u oídos, llegaron las escuchas telefónicas, invadiendo un espacio privado que se consideraba resguardado de oídos indiscretos.

El miedo a perder la privacidad parece ocupar el centro de la escena. El sentirse vigilado molesta, incómoda por más que uno no tenga nada que ocultar. Los comportamientos se ven alterados por el solo hecho de considerar que alguien, no importa quién, nos puede estar mirando. Si bien todos estos mecanismos de control repercuten en la vida de las personas, no se trata de una “sociedad de control” al estilo de la que la más cruel ciencia ficción suele mostrar. La pri-

vacidad de las personas se ve jaqueada, pero no está totalmente descubierta. Todavía subsisten formas de recorrer la ciudad anónimamente. Esto no parece darse de igual modo en las pistas electrónicas.

La estela del navegante

La navegación anónima por las redes de Internet parece casi imposible ya que el navegante siempre deja huellas en su andar por las redes. Diversos programas y sistemas tratan de controlar lo que hacen o dicen los usuarios de la red; éstos a su vez intentan defender su derecho a la privacidad.

Nuevamente parece absurdo separar público-privado. Caen las fronteras, inútil ocultarse en la red: ya todos saben de nosotros datos fríos - edad, sexo, situación socioeconómica, etc. - como así también datos calientes- gustos personales, hábitos, preferencias-. ¿Quién quiere saber estos datos nuestros y para qué? Detrás de esto no se esconde la vigilancia ni la seguridad: hay un gran negocio acerca de la venta de información de los usuarios por parte de las empresas que se encargan de conseguir estos datos y luego comercializarlos; hay intereses de marketing, cuantos más datos del consumidor, mejor se podrá definir el target del consumidor; y empresas que se enriquecen vendiendo el software y el hardware necesario para resguardar nuestra amenazada intimidad.

La dificultad para legislar

Hay que tener en cuenta que Internet no es más que un conglomerado anárquico de empresas, individuos, gobiernos, instituciones educativas y todo tipo de organizaciones, que se pusieron de acuerdo en utilizar una serie de dispositivos y normas de comunicación para transmitir sus ideas en informaciones al resto del mundo.

Estas autopistas de la información, en las que las reglas y las leyes de la vida real no tienen una aplicación directa, están expuestas a todo tipo de abusos, ya que no hay organismos de control. La ausencia de autoridad obliga a que sean los propios usuarios de las redes quienes se controlen unos a otros. Internet se configura como una nueva civilización anárquica, sin fronteras, obligaciones ni estados; no admite una legislación, al menos en los términos que se conoce hoy en día.

La intención de preservar las características peculiares de este medio tornan problemático el dilema: derecho a la libertad de información versus derecho a la privacidad. La censura y el control no tienen nada que ver con el funcionamiento inherente de la red, pero a su vez la violación y difusión de los datos personales de los usuarios no tienen nada de democrático.

Se hace evidente que, desde que el comercio y los intereses financieros se apoderaron de la red, todo aquello que la definía como espacio abierto, libre, participativo, es decir, que todo aquello de positivo y particular de cuanto había en la red, comienza a estar en

entredicho. Este espacio virtualmente público empieza a ser regido por las más crueles leyes de los intereses privados. Todo vale, siempre y cuando haya dinero de por medio.

La vida on line

En la red podemos encontrar todo tipo de navegantes: así como están los que se empeñan afanosamente en resguardar su privacidad, hay otros que son capaces de poner lo más íntimo o lo más intrascendente de sus vidas on line. Y lo más curioso es que disfrutan al sentirse espiados.

Así aparece en la Web un parto, un debut sexual o un velorio. Actos privados relacionados con el desarrollo vital de cada uno, son exhibidos ante millones de cibernautas que, curiosamente, se sienten atraídos por esta forma de voyeurismo virtual.

Pero no necesariamente hay que esperar a que algún tipo de acontecimiento extraordinario ocurra en nuestras vidas para aparecer en la red. Las webcams permiten acceder al desarrollo cotidiano de diferentes personas que ponen cámaras de vídeo en sus hogares, incluso en sus baños, y luego publican estas imágenes en la Web, que son visitadas por millones de curiosos. Quien quiere ver, que vea.

El interés por las vidas ajenas y sus vaivenes es fomentado desde hace algunos años por la TV, en forma exagerada. Se entrecruzan en distinto tiempo y espacio la necesidad de ver y ser visto. Internet y la televisión son dos

medios que generan la posibilidad de que la gente se haga ver de algún modo, sea este un talkshow o una webcam. Verse es la necesidad, al mismo tiempo, de poder ubicarse entre la gente y poder distinguirse sin perderse en la masa.

Por medio de Internet, las vidas más intrascendentes adquieren luz por un rato por el hecho de que alguien haga click en su página. Su existencia en el mundo está dada porque alguien los mira, porque aparecen ante los demás (en sus pantallas) para ser vistos y oídos.

¿Actúan sus vidas? Ellos dicen que no, que están tan acostumbrados a las cámaras que olvidan su existencia. Sin embargo, sabemos que el solo hecho de sentirnos y sabernos mirados, altera nuestro comportamiento. Para Hannah Arendt, la frontera entre lo público y lo privado está marcada por lo que debe y puede ser mostrado en público y lo que no. “Desde el comienzo de nuestra historia hasta nuestros días siempre ha sido la parte corporal de nuestra existencia la que ha necesitado mantenerse oculta en privado”¹¹.

Aquí no hay intereses colectivos. Los lazos sociales virtuales son bastante endebles y el comercio no está ajeno a las webcams. El hecho de que los protagonistas de estas experiencias terminen cobrando por sus acciones, y transformando su aventura personal en un servicio, demuestra una vez más la posibilidad invasiva del mercado. Para el sociólogo Martín Igolnikov esto se debe a que “el capitalismo se vale esencialmente de la venta del cuerpo y de sus

potencialidades. De modo que la mercantilización de este nuevo tipo de voyeurismo es homologable a cualquier otro tipo de trabajo. La privacidad puede ser vendida cuando ya no queda nada por vender¹².

Los acontecimientos on line adquieren un verdadero significado si son ubicados en el contexto de una coyuntura socio-histórica particular. También debe tomarse en cuenta que cada tecnología allana el camino a las que están por venir. Así, Internet potencia muchas de las características de la TV. Otro tanto sucede en el terreno de la política: la participación vía módem es hija privilegiada de la política mediatizada.

La política mediatizada

Con la televisión, masivamente instalada en la mayoría de los hogares, se alteraron las formas clásicas de hacer política. Los ciudadanos, convertidos en espectadores son invitados a mirar un espectáculo donde el papel de los actores lo cumplen los políticos y para los demás sólo queda un rol pasivo.

A través de los medios, nos informamos; información no es sinónimo de participación. Los mass media apenas si ofrecen la posibilidad de un llamado telefónico para emitir una opinión, el televoto o una carta de lectores. Nada cambia porque podamos decir lo que pensamos al aire, aunque esto sea mejor antes que nada.

Con Internet cambian los formatos, pero no las modalidades. Si bien la politización del ciberespacio prolifera a

medida de que se afianza la presencia de grupos con intereses específicos, la mayoría de los gobiernos y partidos políticos que aprovechan esta posibilidad lo hacen más bien con fines propagandísticos que con la intención de ampliar la participación de la ciudadanía en temas de interés generalizado.

Los foros de discusión on line, donde el usuario tiene la posibilidad de hablar de lo que quiera, con la sola limitación de cumplir con los postulados de la net-etiqueta, sirven para gritar catárticamente las protestas y disconformidades, pero terminan siendo quejas aisladas y momentáneas. Este "berrinche electrónico" como lo llama Raúl Trejo Delabre, sirve de desahogo para el usuario, pero difícilmente posibilite una interacción social y política de efectos duraderos. Sirve, en efecto, para ejercer el derecho a la libre expresión de ideas u opiniones.

El mismo medio impone un lenguaje parco, de frases cortas, donde rara vez se produce un despliegue de ideas firmes y donde las conversaciones van saltando de un lado a otro dada la gran cantidad de participantes en los foros.

La política en la Web es complementaria de la política tradicional y que jamás podría sustituirla. Si la política y los asuntos ciudadanos en general pasaran pura y exclusivamente por la red, habría que pensar que los no conectados serían una suerte de no-ciudadanos, volveríamos al carácter privativo de lo privado de los tiempos de la polis griega, donde la no posesión material privaba al hombre de la participación pública.

La Web está lejos de constituirse en un nuevo ágora, por varios motivos que intentaremos destacar. Quizás se abran otro tipo de instancias de participación pero que distan mucho de ser en función de un beneficio colectivo, aunque también hay algunas excepciones.

Los griegos sabían que la polis podría subsistir si el número de ciudadanos permanecía reducido. En sus principios en Internet “los grupos de discusión eran similares a la plaza de un pueblo en la que los usuarios se encontraban unos a otros con frecuencia. El aumento explosivo del número de usuarios de Internet la está convirtiendo en algo que se parece más a Times Square que al ágora griega. La cultura amistosa de un pueblo pequeño se está transformando en la cultura impersonal y hostil de una ciudad demasiado grande”¹³.

De todos modos, la cuestión numérica, si bien es importante no es lo principal. Creemos que las características de la ciberpolítica –por llamarla de algún modo– tienen más que ver con una situación particular de los navegantes que en su aislamiento, buscan conectarse con el resto del mundo desde su computadora, al tiempo que no es capaz de reunirse con los demás ciudadanos. La participación en los foros de discusión pasa más por matar el aburrimiento que por una lucha en pos de beneficios mutuos.

Por otro lado, mientras que la polis era para los griegos un espacio para distinguirse mediante el discurso y la acción, y así mostrar a los demás quién era uno verdaderamente, los foros de

discusión están poblados de seres anónimos o de identidades cambiadas.

En los espacios electrónicos hay, en muchas ocasiones, una necesidad de decir, pero no siempre esa necesidad de escuchar, de abrirse al diálogo, de ponerse en el lugar de otro para ampliar la propia mentalidad, como ocurría en la antigua política.

Frente a toda esta serie de connotaciones negativas de la red (individualismo, falta de participación, escasez de interés por el otro y muchas más) quedan aún algunas páginas que actúan como trincheras ante el avance del comercio en la Web y donde todavía puede hallarse algún resabio de solidaridad entre pares.

Por ejemplo, en el newsgroup Tarifa Plana, los usuarios defendieron sus derechos de cibernavegantes, los pusieron en común y así se organizó la huelga del 3 de septiembre en Internet. Por otro lado, en la página de Proyecto Gutenberg, los navegantes pueden publicar gratuitamente trabajos de la literatura universal, para que cualquiera que los necesite pueda utilizarlos sin pagar. Mientras que en el sitio Ubater se intercambian todo tipo de objetos en desuso mediante trueque.

La red está ahí ofreciendo posibilidades para todos los usos. Desde el ciberterror hasta la solidaridad con las víctimas de Sarajevo; desde la pornografía infantil a las páginas que se encargan de cruzar datos para encontrar niños desaparecidos. Todo depende de las ganas que tenemos y de los fines con los que se use este nuevo medio.

Teletrabajo y otras teleactividades

Las tecnologías alteran también los modos de trabajo. Una computadora en red permite hacer el trabajo total o parcialmente desde el propio hogar. Esta actividad devuelta al seno de lo doméstico se complementa con otras similares como la teleeducación y los teleservicios alterando de manera significativa la relación dentro-fuera, hogar-ciudad, aunque por el momento su acceso sea bastante restringido.

Al trabajar en su casa, el tiempo y el espacio para realizar las tareas quedan a cargo del trabajador, “el fundamento intersubjetivo desaparece en beneficio de un fundamento definitivamente individual, y ahora sí cada actor comienza a constituirse como centro de su propio espacio y tiempo”¹⁴.

Esta nueva actividad, como parte de un proceso más amplio y profundamente complejo, contribuye al aislamiento. “El hombre, en cuanto homo faber, tiende a aislarse con su obra, es decir a abandonar el terreno de la política”¹⁵. En esta situación, el hombre deja de actuar en la prosecución de un interés común. El individualismo actual se caracteriza más por una búsqueda de la realización personal en menoscabo de la realización colectiva.

Conviene no perder de vista que la mayor parte de los trabajadores siguen realizando su actividad en sus lugares habituales, dado que estas tecnologías no son accesibles para todos. Por otra parte, no todas las actividades son plausibles de ser realizadas vía

módem, por lo cual las transformaciones aquí analizadas tienen un limitado alcance.

La teleeducación refuerza desde su ámbito los efectos producidos por el teletrabajo, fijando al individuo de manera creciente en el ámbito de su hogar. Estas actividades se refuerzan con la amplia oferta del teleservicios existente en el mercado. Mediante el teléfono o Internet se puede acceder tanto a un kilo de helado como a una consulta médica.

La presencia de acciones y decisiones cibernéticas en el hogar produce profundas modificaciones tanto en el ámbito urbano como en el doméstico. Una vez más las fronteras entre lo público y lo privado aparecen completamente transfiguradas. El español Javier Echeverría ha reservado la denominación de “Telépolis” para este entorno configurado por nuevas relaciones urbanas y domésticas que afectan el ámbito de los asuntos civiles y personales.

Conclusión

Las definiciones de lo público y lo privado sirven como punto de partida para analizar inicialmente los fenómenos tecnológicos, en especial, sus efectos en el seno de la sociedad moderna. Sin embargo, actualmente resulta prácticamente imposible dividir en público y privado para determinar qué pertenece a cada esfera (entendiendo a éstas en términos tradicionales) pues lo público se ha ido privatizando al

tiempo que lo privado va apareciendo en público. Entre uno y otro ámbito casi no quedan límites, o al menos éstos han demostrado ser más franqueables de lo que se creía.

En general, los nuevos espacios se caracterizan más por un interés propio, privado, que por un interés general. El hombre actual tiende más a un individualismo (dentro de su hogar y conectado virtualmente con todo lo demás) que a una interacción colectiva.

A su vez, la intimidad se ve amenazada por diversos mecanismos que procuran registrar nuestros datos y nuestros movimientos con variados fines. Simultáneamente, algunas personas se empeñan por ser vistas soñando con adquirir inmortalidad en las páginas de la Web.

Los lazos sociales se debilitan y nace una generación de comunidades virtuales que se asemeja a una colección de individualidades masivamente agrupadas en el seno del ciberespacio. El nombre de "ágora electrónica" no parece oportuno para denominar a la política en la red. Del antiguo ágora se toma el decir en tanto que cada cual puede expresar sus ideas en libertad, pero difícilmente se recupere el actuar, en su significación política originaria.

A partir de las antiguas esferas de lo público y lo privado se han ido conformando una multiplicidad de nue-

vos ámbitos donde se mezclan de forma heterogénea los rasgos característicos de una y otra esfera. Para estos nuevos ámbitos –que a su vez, coexisten con las formas clásicas de lo público y lo privado que aún subsisten en nuestro medio– son necesarios nuevos conceptos.

Notas

1. ADASKO, D. Internet: políticas y comunicación. Editorial Biblos, Bs. As. 1998. Emilio Cafassi, editor. pág. 47.
2. ARENDT, H. La condición humana, Seix Barral, Barcelona, 1974. pág. 75.
3. Ibidem, pág. 75.
4. ADASKO, D. op.cit., pág. 51.
5. Ibidem, pág. 100.
6. Ibidem, pág. 100.
7. RINESSI, E. Buenos Aires Salvaje, Ediciones América Libre, 1994. pág. 37.
8. CHAMBERS, I. Migración, cultura e identidad, Amorrortu Editores, Bs. As., 1994. pág. 74.
9. Ibidem pág. 74.
10. FOUCAULT, M. Vigilar y castigar, Siglo XXI, México, 1985. pág. 204.
11. ARENDT, H. op. cit., pág. 102.
12. Publicado en Diario "Página/12" 19/07/1998
13. TREJO DELABRE, R. La nueva alfombra mágica. Usos y mitos de Internet, la red de redes. Ed. Diana, Méjico, 1996. pág. 144.
14. ADASCO, D. op. cit., pág. 85.
15. ARENDT, H. Los orígenes del Totalitarismo, Tomo III, Ed. Alianza, Madrid, 1987. pág. 701